

SANTIAGO CARRILLO

LA GUERRA QUE LOS PARIÓ

CRÓNICA DE UN ROTO EN UCRANIA

s e r i e c e r o

Índice

I. El viaje	7
II. Una ciudad sitiada	25
III. La rescatista de animales	49
IV. El doska	59
V. Fucking nazis motherfucker	69
VI. La guerra que los parió	99
VII. Después de la masacre	117
VIII. Un prisionero que vive	133
IX. El socio comediante	141
X. Martes a la madrugada	159

I

EL VIAJE

Hace ya más de un año que soy un *sudaka* en España: ocho kilos menos, ninguna ciudadanía, nuevos amigos, un pequeño espacio en una revista local, doce mudanzas, tres ingresos al hospital, un montón de falopa y el corazón hecho mierda es el balance de mi debut como migrante en Europa. De estas cosas estamos hablando con María, otra periodista argentina, una noche de diciembre que nos conocemos en la plazoleta de la estación de Ópera del metro de Madrid.

Durante un buen rato competimos con María a ver quién tiene la mejor de las mierdas. El motivo del encuentro había sido ese: tomar mates y contarnos lo mal que la veníamos pasando. Desisto en el duelo cuando ella dice que hace tres años que naufraga por un pantano de antidepresivos. María es la ganadora de nuestro patético juego y también es una portadora de grandes ideas. *Apenas llegué a España iba a ir a cubrir la guerra de Ucrania, que recién había empezado*, dice. Pero también cuenta que nunca lo hizo porque en el canal de televisión para el que trabajaría no le iban a pagar y prefirió no arriesgarse. *Al menos, la vida es una mierda conocida*, dice María, la rubia que prendió una lamparita.

Esto es lo que tengo que hacer: irme a la guerra. Mejor dicho: cubrir una guerra. Quiero convertirme en corresponsal de guerra desde que comencé a estudiar periodismo y creo que no podría haber mejor momento para hacerlo que ahora. No hay más que perder, pues todo ya había sido perdido. Todo lo dejé en Buenos Aires, abrigado por una pollera que me descartó a los días de aterrizar a un nuevo país. Migrar es como volver a nacer, pero conservando los recuerdos de una vida pasada que a nadie le importa. Estoy convencido de que nunca, en toda mi vida, había tenido el ánimo tan devastado; y el fondo todavía parece lejano. Periodista en la guerra de Ucrania. Sí, eso es. Un último baile. Un maldito e hijo de remil putas *last dance* de esta tortura de mudarse al otro lado del océano y encontrarse siempre solo, abandonado y ajeno. Una eterna caída al vacío que no termina. Pero mientras pueda contarla, estaré vivo. Hay días en los que me gustaría quedarme dormido y no volver a despertar. Pero hay que cerrar los ojos y tirarse de panza hacia la profundidad del barro; revolcarse en la mugre y recibir unos buenos esquiafos, de esos que te sientan de culo y te dicen: «Viste, pibe. Estos son problemas de verdad». Hace un buen tiempo que sostengo que se aprende más de los errores que de los éxitos; si esta vuelve a ser una historia de la derrota, caray, vaya posgrado. Corresponsal de guerra, pienso, como si pusiera el título a la siguiente temporada de mi vida. La idea me parece estupenda.

Le escribo un mensaje a Nicole para contarle la nueva aventura. Desde hace al menos diez años, ella es una de las personas de mi mayor confianza, tanto

en la profesión como en la vida misma. *Amigo*, contesta a los pocos minutos, *¿no pensaste que hay formas más sanas de suicidarse?* Le confirmo que ya había tenido algunas ideas, pero que esta va a ser más épica.

La organización del operativo Ucrania demoraría lo mismo que tarda en irse el invierno. Primero, María comparte los contactos del canal de televisión y ellos están gustosos de que vaya a cubrir la guerra, pero no tanto para dar algo de guita. Era esperable: no tienen la más remota idea de quién soy y se espera que Argentina entre en una recesión económica aún peor que la que se vive hace años, ante la asunción de Javier Milei a la presidencia. No me importa en lo más mínimo que no me giren ni siquiera un viático porque esto será un delirio de principio a fin o no será nada. Después, unos colegas me orientan sobre esta cuestión de ir a un conflicto bélico y me ponen en contacto con algunos *fixers*. Ellos son unos buscavidas que se ganan un buen dinero en un negocio que florece en épocas de armas, a partir de las necesidades básicas que puede tener un periodista extranjero como traductores, gestores de documentos, chóferes y facilitadores de fuentes. La armada ucraniana me envía la acreditación de prensa. Elijo hospedaje y establezco un itinerario. Tengo un presupuesto.

Conseguir el dinero es la parte más complicada. Busco algún colega para aliviar los gastos, pero nadie está dispuesto a compartir la mejor aventura de sus vidas. Me dicen que tenga mucho cuidado. Se pueden ir bien a la mierda, cagones. Logro publicar unos artículos en un diario de economía y en la revista me ofrecen más páginas. Pero la mayor parte del finan-

ciamiento lo consigo vendiendo unas fotos Polaroid en el Parque del Retiro de Madrid. Además, hacia esta época mi técnica para robar en el supermercado está muy aceiteada y puedo ahorrar bastante en los víveres para la supervivencia. Así que decido elevar mi estatus de la delincuencia hacia la industria textil.

Mis condiciones de vestimenta son bastante deplorables. A veces, los días de mayor suerte, tengo alguna cita y a la ocasión corresponde llevar mi mejor calzado: unas zapatillas deportivas con mugre adherida y gran parte de la suela despegada. Para descomprimir la situación con mi pretendiente suelo decir que son como las que usa Otto, el chofer escolar de *Los Simpson*. Si iba a ser un corresponsal de guerra tenía que estar preparado y era el momento de convencerse de ser un anarquista expropiador de las compañías más explotadoras del planeta, como Zara o Nike. El despliegue no tiene nada de épico. Consiste en ponerse cuanta ropa le entre a uno en el probador, luego cubrirse con las prendas propias y salir del local silbando bajito sin que el guardia de seguridad se dé cuenta. El método es efectivo si uno no se deja llevar por la avaricia.

El último mes antes de partir a la guerra lo paso en la casa de Carolina, una amiga de la infancia que vive en Barcelona. Ella no me cobra hospedaje y siempre tiene grandes reservas de marihuana. Aprovecho la estadía para afinar las producciones para el canal de televisión y consigo algunos materiales extras para la cobertura. Una luz de treinta euros y un cable USB se suman al kit de una cámara Canon, dos lentes, una batería, una tarjeta de memoria de 128 GB, la Pola-

II

UNA CIUDAD SITIADA

Estoy en la cama cuando me sobresalto con un sonido agudo y agónico, como si se tratara de una cigüeña que grita por un megáfono. Creía que no existía una sirena más angustiante que la de un camión de bomberos, pero la alarma de un ataque aéreo es un ruido exageradamente más desesperante. Corro hacia la ventana de la habitación para observar el inminente estallido de un misil sobre la Plaza Maidán. Para mi sorpresa, además de ver que no sucede ningún impacto, observo que las personas que andan por el centro de Kyiv caminan sin inmutarse. Se les nota acostumbrados en el asunto. Esto mismo sucede dentro del hostel, donde los pocos huéspedes que se encuentran en el edificio tienen la cara pegada a las pantallas de sus teléfonos. Kateryna limpia sábanas en una cocina desierta a la que me acerco para preparar mis mates del desayuno. Ella grita unas palabras y se aleja. Matías, que estaba sentado en un sofá ubicado en el *living* contiguo, me traduce. *Dice la ucraniana que te vayas de la cocina porque tiene que limpiar.* Son las once de la mañana. Me acerco a Kateryna, con el teléfono traductor en mano, y le muestro un mensaje en su idioma: *Caliente agua y te dejo tranquila; ayer tuve un viaje muy largo y por eso*

me levánté tarde. Responde afirmativamente con su cabeza y vuelve a retirarse apurada, quejándose con quién sabe quién.

El desayuno consta del brebaje sagrado, unas frutas y el infaltable jugo de naranja que también había comprado en el supermercado subterráneo la tarde anterior. Una vez satisfecho, me dirijo al balcón de la habitación a fumar un cigarro digestivo. Allí se encuentra Luci, la empleada del *hostel*. Ella me acerca un encendedor y observa con curiosidad el porongo que llevo en mi mano derecha. Le explico que es un mate, una infusión parecida al té verde y muy común en mi país. Le ofrezco probar uno y ella acepta. Antes de convidarle las hierbas, le explico que no debe mover la bombilla y que tenga cuidado al pegar su primer sorbo porque el agua está caliente. La joven bebe con cuidado y gesticula una expresión amarga en su boca. *Sabe bien*, dice a través del traductor y con algo de compromiso.

A diferencia del café, té o cualquier otra infusión, cuando se toma mate no existe un dispositivo para cada persona. Un solo porongo se comparte entre los bebedores de un turno a la vez. El cebador es el encargado de preparar el brebaje y darle vida a una ronda que va dejando pequeñas partículas de saliva en la bombilla de metal. También es la máxima autoridad del mate. A veces, puede decidir a discreción o despiste si alguien es salteado en su momento de sorber y hasta es capaz de tomar más que el resto. Su estatus no se discute, pues se trata del cebador. Con esta máxima instalada dentro de mis venas —en las que debe de correr sangre verde— y una absoluta

tiranía, le acerco un nuevo mate a Luci. Ella lo acepta y esta vez parece más satisfecha. Esto es lo que pasa con el mate. Es muy difícil que te guste el primero, pero a medida que vas tomando se le encuentra el encanto. *Ya lo vas a entender*, le adelanto a mi nueva amiga.

La comunicación con Luci es rústica, pero podemos lograrlo por la tecnología traductora de los teléfonos. Ella no habla una sola palabra en inglés y tan solo domina el ucraniano, un idioma incomprensible para un oído criado con la fonética castellana. Logramos acercarnos porque es más importante el interés que tenemos el uno por el otro. Si tuviéramos que conversar por señas, estoy seguro de que lograríamos hacernos entender. Le consulto si ella nació en Kyiv. Contesta que no y cuenta que es de Járkiv, una ciudad que se encuentra a menos de 50 kilómetros de la frontera este con Rusia. Hace dos días Vladimir Putin ordenó un asedio feroz sobre esta región. Las noticias locales reportan decenas de casas destruidas y cientos de familias que están huyendo de sus casas ante el avance del ejército invasor.

En Járkiv está mi madre, confía Luci. *Ella es una señora mayor que estuvo allí toda su vida. Tiene 80 años y dice que ni muerta le van a sacar de su casa. No, no; no tiene miedo. Yo tampoco tengo miedo, ya estoy acostumbrada. Pero sí estoy preocupada. Hace unos días que no puedo comunicarme con ella por los apagones*, continúa la joven sobre los cortes de energía frecuentes en el interior de Ucrania por los ataques rusos en las centrales eléctricas. La charla con Luci se interrumpe porque aparece Kateryna, quien